

## difusión

# la cultura popular como posibilidad de elección

por Leopoldo Zea

Entre el 24 y el 27 del pasado agosto de 1970, se realizó la Primera Reunión de Consulta para la Coordinación de la Difusión Cultural, bajo el patrocinio de la Universidad Nacional Autónoma de México. La Segunda Reunión se realiza ahora, en esta hermosa ciudad de Jalapa, bajo el patrocinio de la Universidad Veracruzana. Un primer gran gesto de coordinación, de colaboración en esa tan importante tarea de difusión de la cultura, encomendada, entre otras, a las instituciones de educación superior. La directiva provisional del Consejo Nacional de Difusión Cultural viene a informar, ante esta asamblea, del cumplimiento de los acuerdos que le fueron encomendados. El más importante, desde luego, fue el proyecto de reglamento, que habrá de ser discutido en esta reunión y que sentará las bases para alcanzar la anhelada coordinación de esfuerzos en esta noble tarea. De las realizaciones concretas, la inmediata, ha sido una revista informativa *Difusión Cultural*, que ha venido circulando ya entre ustedes, como órgano del Consejo Nacional. Una colaboración más de la Universidad Nacional Autónoma de México en una tarea que deberá alcanzar niveles de coordinación nacional. Al iniciarse las reuniones de trabajo daremos a ustedes un informe más amplio del cumplimiento de los varios acuerdos que nos fueran encomendados, así como de las experiencias que se han obtenido en los ocho meses en que ha actuado la Directiva Provisional. Pequeños logros y mayores experiencias, que habrán de servir en un futuro inmediato para conseguir que las expresiones de la cultura puedan llegar hasta los más apartados rincones de la nación.

Esta preocupación, la de llevar las expresiones de la cultura a toda la nación, así como la de abstraer de los más lejanos rincones de la patria las expresiones propias de una cultura nacional, encuentra ahora, hay que decirlo, un especial interés, un interés que llega hasta los más altos responsables de la política nacional. Un interés que deberá alentar e impulsar a las personas e instituciones que han venido tesonera-mente luchando por hacer de la cultura algo más que el exquisito manjar de no

menos exquisitas minorías. Sin embargo, habrá que tener especial cuidado en la enunciación de frases que corren como respuesta, un tanto ingenua, a ese interés, cuando se habla de la cultura para el pueblo. Pues es, precisamente, cuando se habla del supuesto receptor de esa cultura, el pueblo, que surgen las confusiones y, dentro de éstas, la demagogia simplista. El pueblo no es una abstracción, a partir de la cual se pueda medir la capacidad del mismo para comprender, asimilar y expresar una determinada forma cultural. Es pues, a partir de este abstracto receptor que surgen los equívocos, el de que al pueblo sólo le es asequible el folklore, o el que sostiene que la cultura es sólo para minorías o el que considera necesario un supuesto rebajamiento de la cultura a lo que se llama "nivel popular".

Estos equívocos tienen, desde luego, su parte de razón. Y la tienen, precisamente, porque quíerese que no, al hablarse del pueblo así sea como abstracción, se parte,

precisamente, de una idea concreta de quien lo hace posible, el individuo. El pueblo no es ni puede ser una abstracción, es algo concreto, los individuos que lo hacen posible. Yo, ustedes, la gente que está fuera de esta reunión. Multitud de hombres concretos, de carne y hueso, como cada uno de nosotros, son los que hacen posible el pueblo, y es a ellos que debemos dirigirnos, es a ellos que debemos hacer llegar las expresiones de la cultura, lo mismo la cultura que llamamos popular, que la que consideramos más alta, aunque no tan alta que no haya sido creada por hombres, y por lo mismo, al alcance del hombre, de cualquier hombre. Hombres, por supuesto, como todos los hombres, con su personalidad, su individualidad, y por lo mismo predispuestos o no, interesados o no, en esta o aquella expresión de la cultura, como lo están en esta o aquella expresión de la vida social. Lo importante, sin embargo, será abrir la más amplia posibilidad de elección personal. Por ello es menester que la cultura, en sus diversas expresiones, llegue hasta los más lejanos rincones de la nación para que los miembros de la misma tomen, elijan este o aquel aspecto de la misma, lo asimilen o lo pongan de lado. Pero que tal asimilación o puesta de lado no sea el resultado de una limitada difusión de la misma, sino el resultado de la capacidad selectiva del individuo que la recibe.

Es en este sentido que la cultura, en todas sus expresiones, debe ser llevada al pueblo. Al pueblo como algo concreto, como expresión de la unidad de un conjunto de individuos, de hombres vivos, reales. Ya que serán estos individuos, estos hombres, los que de acuerdo con sus afinidades



\* Palabras del doctor Leopoldo Zea, pronunciadas en la inauguración de la segunda reunión de consulta del consejo nacional de difusión cultural que bajo el patrocinio de la universidad Veracruzana se llevó a cabo en la ciudad de Jalapa los días 15 y 16 de abril de 1971.

—las que hacen que un individuo se distinga de otro y no sea como las hormigas, semejante a otras hormigas— los que se encarguen de la selección, a título personal, de la cultura, creando su cultura. Cultura es cultivo, esto es, formación, conformación. Algo que hace el hombre por sí mismo en la inevitable relación con sus semejantes. La cultura es algo que, necesariamente, tiene el hombre que tomar de lo que sus semejantes hacen, realizan, creando a su vez el horizonte de posibilidad de la misma; posibilidad pero no limitación. Porque el individuo es, precisamente, individuo en cuanto puede seleccionar, escoger. Y es esta posibilidad, la que debe ampliar la difusión cultural.

El mexicano, todo mexicano, debe tener a su alcance un amplísimo horizonte de posibilidades de selección cultural, que deben ser realizadas de acuerdo con sus afinidades, de acuerdo con su personalidad. Horizonte de posibilidades que también haga más amplia su libertad, la libertad de elección. Esto es, que este o aquel individuo concreto de lo que llamamos el pueblo, no se encuentre obligado a elegir una determinada forma de cultura porque sea ésta la única que se le ofrezca. De lo que se trata es que el individuo, todo individuo, tenga a su alcance una amplísima gama de posibilidades culturales para elegir y que esta selección sea la simple expresión de su personalidad y no expresión de ignorancia, de carencia.

En tal sentido es que entendemos la difusión cultural, sin limitaciones, sin discriminaciones que partan de este o aquel equivoco. Habrá que llevar al pueblo todo el amplísimo mundo de la cultura para que los individuos que lo forman seleccionen de ella lo que consideren más propio. No hay que olvidar que es de la capacidad de esta amplia difusión de la cultura entre el pueblo que depende, a su vez, la capacidad de expresión cultural del mismo. La cultura, se dice, es la expresión más alta del alma de un pueblo, la expresión del genio de sus individuos. Al pueblo habrá que llevar lo que es del pueblo, tanto los aspectos determinados de su cultura como pueblo concreto, como los que expresan la totalidad de los pueblos. La Humanidad. Para que la asimilación de esta cultura sirva, a su vez, de abono en la afloración de nuevas expresiones de la cultura dentro de una infinita tarea que sólo podrá terminar con el agente concreto de la misma, el hombre, el individuo.

Por lo que se refiere a México, esta tarea alcanzará sus más altas posibilidades si, en primer lugar, coordinamos los esfuerzos que en este sentido realizan las instituciones que consideran la difusión cultural como una de sus más importantes tareas. Pensamos, insistimos, en que el momento es propicio, que esta tarea va alcanzando una mayor comprensión, y por lo tanto, una mayor posibilidad de estímulos. Pero el mayor de los estímulos tendrá que partir de nosotros mismos, mostrando que somos capaces de coordinar nuestros esfuerzos, nuestros esfuerzos como individuos y como instituciones, en una tarea que deberá alcanzar nivel nacional.

## libros

### didascalias: ¿viaje imposible al porvenir?

por manuel blanco

Doy otra fumada al cigarro. Siento que nada de lo que me rodea es importante, sino sólo esto. Veo la imagen del narrador: un metro y setenta y siete, vigoroso, corpulento, pero como si esta clase de minucias no importaran. Mejor: la sonrisa infantil, largo el pelo y enmarañado. Desparpajo. Mientras, trato de buscar mi propia imagen y súbitamente comprendo que si persisto puedo encontrarla.

Pero he aquí la verdadera imagen: un alfiler en la paja: un viaje: la odisea del narrador, la Gran Odisea a que cada uno debe sobrevivir, y en medio de todo ello, la certeza de que algo se sobrepone —puede sobreponerse— al tedio y a la nostalgia: la conciencia.

Entonces voy entendiendo que el viaje puede iniciarse desde cualquier punto y conducirme indistintamente a los lugares más cercanos o más remotos: a Londres, a Budapest, a un centro petrolero en el Estado de Veracruz... o a cualquier cordillera americana (Efraín mientras tanto contempla los cielos límpidos y llenos de tupamarcos presagios). O simplemente a un viaje eterno a bordo de alguna embarcación que navegando por el Atlántico jamás llega a su destino. Son infinitas las posibilidades. Como la realidad de todos los días.

Pero entonces lo importante no es tanto la realidad —que ya está dada, que se nos ofrece siempre como algo definitivo e irreversible—, como puede serlo la posibilidad. Eso. Importa lo posible, no lo real. Y no por otra cosa, sino porque entonces *puedo elegir*, tomar de alguna manera las decisiones que pueden afectar y de hecho afectan mi vida. Aquí comprendo que el primer minuto de conciencia es más terrible, mil veces más terrible que toda la conciencia.

Claro: hay casos. Concretos. Ulises, Juan Manuel Torres (cualquier nombre, cualquier vida, ya dije que las posibilidades son infinitas) emprende el viaje que ha de conducirlo hasta su Itaca tantas veces perdida. Y sí: un día regresa y entonces comprende que la suma de todo lo vivido: sentir, pensar, recordar, o bien: el olfato, el gusto, todas y cada una de las experiencias olvidadas y ahora de pronto ahí, presentes, sin mayor justificación que su presencia misma, lo han vuelto un extraño, un extranjero en su propia tierra. ¿Cuántos Ulises han regresado y seguirán regresando a Itaca en esa su nueva condición de seres ajenos hasta de sí mismos?

\* Juan Manuel Torres: *Didascalias*, Ediciones Era, 1970, México.

No hace falta la geografía. Podría ser una simple metáfora. Algo imaginado: imaginar que existe la geografía porque existe la necesidad de contar con un punto de referencia; porque hay que extraer de su contexto a un personaje (¿mutilándolo?) para así encuadrarlo en ciertas y muy precisas limitaciones. Sólo de esta manera podremos recuperar al menos una parte de su vida. Podremos rescatar su conciencia.

Sólo que entonces ya no nos importa mucho, para los efectos del caso, su conciencia, sino *el proceso* en que arriba la conciencia. Esto es lo verdaderamente importante. Y es precisamente aquí donde podemos advertir la infinita variedad de lo posible: no hay un solo camino, sino muchos senderos que, claro, pueden muy bien poseer innumerables bifurcaciones (ya vine. Borges). Es el viaje y el fin de ese viaje; es la conciencia y la vuelta a una más profunda conciencia.

¿De qué se trata entonces? ¿Quién o quiénes podrían plantearse esta profunda, agobiante, inevitable introspección, este análisis de la existencia que *debería* conducirnos a la conciencia?

Sartre en *Los caminos de la libertad* nos describe la forma en que Mateo llega a *La edad de la razón*. Pero la historia de ese joven profesor de liceo es a la vez la posibilidad de elección y la impotencia para decidir su propio destino. Mateo comprende cuál es su única alternativa: integrarse en el sistema para destruirlo: perder su independencia, su pequeña libertad, para ganar todas las otras libertades. Sin embargo, duda, vacila, teme, y finalmente no se atreve y deja pasar aquella que era su última oportunidad.

El personaje sartreano (¿Sartre mismo en aquella época?) es el intelectual azorado ante los problemas de su tiempo, que comprende la necesidad y hasta la inevitabilidad del cambio y sin embargo prefiere permanecer en ese estado de conciencia latente, arrastrando una *subsistencia* inútil, estéril, viviendo simplemente “la suma de sus propios actos” que podrían ser la libertad, pero son en verdad la sencilla suma de sus pequeñas, inútiles vivencias, siempre llenas de egoísmos y remordimientos.

Carpentier plantea el problema desde otro ángulo. En *Los pasos perdidos* el personaje inicia la imposible búsqueda de su destino cuando por fin advierte que “la única libertad que conserva es la de elegir los platos de la comida los domingos por la mañana”. Es el intelectual asimilado por el